

de Francisco de Asís, abrieron surco. Pero quizás los musulmanes, pueblo formado por la cimitarra, necesitaba, para recibir el Evangelio, que otro conquistador deshiciese la obra de Mahoma y arase con la espada el campo estéril, antes de arrojar en él la semilla. Para una raza fatalista y sensual, que pone a Dios de parte de los que triunfan, no hay misionero más persuasivo que un vencedor, ni elocuencia como la de las ciudades arrasadas y los sojuzgados imperios. En Europa, de tantos siglos atrás cristiana, la voz del pobre Francisco, predicando el rigor evangélico, no había menester sino rozar las conciencias para que despertasen las ideas mamadas con la leche, disueltas en el espíritu de las gentes; desfallecidas quizás, nunca muertas. A la raza agarena, hecha a soñar con un paraíso de materiales goces, cuyo ingreso se compra a precio de cabezas de enemigos; prendada de la poesía del color, de la luz, de lo carnal y tangible, no la podía conmover la espiritual hermosura de la pobreza, de la penitencia, del frenesí de la cruz. De suerte que ni aun honraron en Marruecos a los misioneros con el recelo que inspiran los novadores: solamente les tuvieron por locos y maniáticos, inofensivos primero, molestos después, insufribles por último. El mismo aprecio merecieron de allí a pocos años los sublimes mártires de Ceuta (11), siete franciscanos que ganaron la triunfante palma tras de haberse preparadó comulgando y lavándose los pies entre sí, y de dejar escrita una carta digna de los siglos heroicos del cristianismo (12), y que caminaron a rendir los cuellos al acero, cual los griegos de las Termópilas, descritos por un gran poeta, como si fuesen a espléndido convite (13).

Mas no padecieron en balde los generosos confesores, que así como suele ocurrir que el polen de una flor es llevado por el aire a larga distancia para fecundar otra flor, el martirio de los franciscanos, in-

fructífero en Marruecos, fué eficazísimo en Europa. La Orden de Menores, que briosa y joven salía al palenque, recibió de sus protomártires el bautismo cruento, la consagración de la sangre que ha menester toda obra redentora. De aquella sangre brotó el taumaturgo de Padua; y así como el empeño que puso Francisco en evangelizar las comarcas de Oriente hizo de sus discípulos fieles custodios del sepulcro de Cristo y de los lugares testigos de su Pasión, el suplicio de los mártires de Marruecos cimentó para siempre en el fértil Magreb la tolerancia y el respeto hacia la orden de Asís y el culto cristiano, que consintió el Miramamolín en sus dominios, con condición expresa de que fuese servido por hijos de San Francisco (14). Todavía hoy en las aldeas berberiscas, como en las tolderías y aduares beduínos, es acogido con amorosa familiaridad el fraile misionero, y venerado el burdo sayal, proscrito en las ciudades católicas de España (15).

Volvamos a Francisco, que corría a Italia espoleado del afán de defender a su dama la virgen Pobreza; pues mientras las cinco rojas flores franciscanas embalsamaban el antiguo jardín de las fabulosas Hespérides (16), y la Orden cogía en Mauritania el primer lauro, en Italia era combatida por la primer borrasca, y resonaba la primer nota discordante en la celestial sinfonía de Asís. Ya en el capítulo de las Esteras, Juan de Eustaquia y Elías de Cortona habían tratado de insinuar a Francisco, por mediación del cardenal protector Hugolino, la conveniencia de que mitigase el rigor de la regla en el artículo de la pobreza: sabemos cuál fué la respuesta de Francisco. Ahora, en torno del mismo Elías, nombrado General de la Orden, comenzaban a agruparse los que querían engrandecerla según la carne y no según el espíritu, y llegaban a oídos de Francisco noticias de la edificación de capaces y suntuosos conventos, de

hábitos de fino paño, de celdas cómodas y apacibles, a la vez que de graves novedades en el régimen interior: sus frailes, hechos a comer indiferentemente, a fuer de pobrecillos y mendigos, lo que la caridad les diese, conforme Cristo enseñó a los apóstoles para cuando peregrinasen por el mundo, y a vivir lo mismo de suculentos manjares que de tosca galleta de maíz, estaban ahora sujetos a una prescripción fija de abstinencia de carne; aparente austeridad, que en el fondo pugnaba con el espíritu de la regla. A Francisco se le hacía muy largo el camino de vuelta a Europa.

Ya en Venecia, una tarde, salió a espaciar el ánimo por las márgenes de las lagunas. El paisaje, ameno al par que melancólico, convidaba a meditación: en lontananza se tendía la azul planicie del Adriático, erizada de menudas olitas; a los pies del Santo dormitaba el agua parda e inmóvil de los canales y la sombreaban frescas plantas palúdicas, abedules y cañaverales de follaje lustroso. En aquel lugar solitario, pocas veces hollado del humano pie, se refugiaban infinidad de aves acuáticas, que saludaron a Francisco con regocijada algarabía. Francisco les rogó que guardasen silencio, y arrodillándose, comenzó a alabar a Dios con el rezo de las horas: y entretanto las aves, paradas en graciosas actitudes de reposo, formaron círculo en torno suyo, sin aletear siquiera. En el lugar donde ocurrió tan poética escena se alzó una ermita y un convento más tarde (17).

De Venecia pasó Francisco a Padua, a Bérgamo, a Cremona, donde halló otra vez a Domingo de Guzmán, el cual bendijo, a ruegos de Francisco, las aguas malsanas de una cisterna, purificándolas. De Cremona siguió a Mantua, entrando por fin en la sabia Bolonia. Innumerable concurso salió a recibirle fuera de las puertas de la ciudad: pasado era el tiempo en que profesores y legistas escarneían a los

pobrecillos de Asís: la fama de Francisco llenaba la cristiandad, y se atropellaban las gentes por contemplar de cerca al hombre extraordinario y tocar el borde de su raída túnica. Dos de los mejores estudiantes de cánones, Peregrín Falerone y Rizzerio de Mucia, corrieron a pedir el hábito penitente, y con ellos entró en la Orden Bonicio, compañero íntimo de Francisco después. En aquella ocasión fué cuando el arcediano Tomás de Espalatro escribió el curioso documento, hallado en los antiguos archivos de la Catedral, que dice así: "Yo, Tomás, ciudadano de Espalatro y arcediano de la iglesia catedral de la misma villa, siendo estudiante en Bolonia por los años de 1220, he visto, el día de la Asunción de la Madre de Dios, a san Francisco predicando en la plaza pública, ante el Palacete, hallándose allí toda la ciudad congregada. Dividió su sermón de esta suerte: *ángeles, hombres y demonios*; y de estas criaturas, inteligentes todas, discurrió tan bien y con tal exactitud, que muchos literatos que le escuchaban se maravillaron de que así lo platicase un hombre sencillo. No siguió el estilo ordinario de los predicadores, antes como orador popular habló solamente de la extinción de las enemistades y de la necesidad de estipular paces y concordia. Era su hábito roto y sucio, exigua su persona, demacrado su rostro; pero Dios prestaba a su palabra eficacia tal, que multitud de hidalgos, que desenfrenados y crueles habían vertido mucha sangre, se reconciliaron allí mismo. El afecto y veneración por el Santo eran tan universales y fuertes, que hombres y mujeres corrían a él en masa, y dichoso quien lograba tocar la fimbria de su ropa."

Hallábase en Bolonia el cardenal Hugolino; Francisco fué ante todo a besarle la mano, y después a visitar el convento construido a costa de la ciudad y regido por Juan de Eustaquia. Apenas hubo fijado

la vista en el edificio, exclamó con profundo dolor e indignación:—"¿Y es esta la casa de los Menores? Mejor parece morada de príncipes. A ninguno que en ella habite reconoceré por hijo mio. Ea, si ahí dentro hay algún fraile Menor, que salga y la abandone luego."—Dóciles y confusos fueron saliendo todos, incluso León, la *Ovejuela de Dios*, que gravemente enfermo se hizo conducir en brazos fuera. Toda la ciudad de Bolonia, y con ella Hugolino, rogó entonces a Francisco permitiese a los frailes habitar la casa erigida por la devoción, y de la cual no se tenían por propietarios, pues la consideraban dada de limosna. De mala gana accedió al fin Francisco; pero a guisa de protesta no quiso aposentarse en el convento, y a todos sus moradores les ordenó hacer penitencia expiatoria. Después, en compañía de Hugolino, retiróse Francisco al monasterio de la Camándula, empinado en la majestuosa cima de los Apenninos, que ve y domina, según la descripción de Ariosto (18), las costas adriáticas y mediterráneas, el mar de Toscana y el de Esclavonia, y al cual rodean centenarios abetos y castaños frondosísimos. El tiempo que pasó allí en soledad y recogimiento fué uno de los períodos de calma que tanto necesitaba Francisco para cobrar ánimos y proseguir su obra. Hecha larga oración y contemplación en la Camándula, separáronse los dos amigos, tomando Hugolino la vuelta de Bolonia y Francisco la del monte Albernia. Iba con Francisco uno de sus frailes, mancebo de Asís, de muy noble estirpe, y viendo al Santo montado en un jumentillo que para aliviar su cansancio le había prestado un labriego, decía entre sí:—"He aquí que el hijo de Pedro Bernardone va caballero, y yo a pie sirviéndole de paje."—Francisco adivinó lo que pasaba por las mientes del mozo, y apeándose le ofreció su cabalgadura.—"Sube, le dijo, que no es razón que el hijo de Bernardone vaya mejor acomodado que

tú, que eras más ilustre en el siglo."—Se arrojó el joven fraile, encendido de vergüenza, a las plantas del Santo, y las bañó con lágrimas de arrepentimiento.

Llegando Francisco al valle de Espoleto, vióse rodeado de sus frailes que de los muchos conventos de los contornos acudían a verle, a cerciorarse con el testimonio de los ojos de que no había perecido en la arriesgada misión de Palestina. Especialmente los partidarios de la pobreza estrecha, los futuros celadores, rebosaban júbilo por la vuelta del Santo. Francisco comenzó a girar visitas a los conventos, con propósito de observar hasta dónde se relajaba e infringía la regla. Fray Hubertino de Casal, que escribió a principios del siglo XIV, refiere una anécdota concerniente a esta visita; anécdota decimos, porque la veracidad de Hubertino no es tal que permita dar a sus palabras completo asenso. Conforme a la relación de Hubertino, el general fray Elías se atrevió a presentarse ante Francisco con hábito de rico y primoroso paño, de luenga y piramidal capilla y el talle ceñido con cuerda muy prolijamente labrada; y Francisco, alabando mucho ante todos los frailes la elegancia y buen corte de la ropa, la pidió prestada por ver cómo le caía; y vistiéndola, comenzó a pasearse con prosopopeya, erguida la cerviz, saliente el pecho, y dirigiéndose en tono protector a los atónitos frailes, les decía:—"Buenas gentes, Dios os dé paz" (19).—Y de pronto, arrebatado, encendido, arrojó lejos de sí el hábito, gritando:—"Así vayan los hijos espúreos de la Orden" (20).

Lo que puede darse por cierto es que Francisco, al volver de Siria, halló iniciados en su Orden los abusos y disturbios que más adelante habían de desgarrarla. Y en el primer paroxismo de la amargura, que aflige a cuantos encuentran dificultada la realización del ideal por la flaqueza y miseria de la

mana condición, tuvo entre el silencio y paz nocturna apocalipsis maravillosa y terrible. Vió una estatua de desmesurada magnitud: el semblante era bellísimo y de oro puro y resplandeciente fabricado; el pecho y brazos de plata bruñida; de bronce el vientre y los muslos; de hierro las piernas, y los pies de arcilla. Absorto miraba al coloso, el cual le habló diciéndole:—"Esta es tu Orden: la cabeza de oro representa los tiempos heroicos del primitivo fervor; los brazos de plata, el período de engrandecimiento en que producirá apologistas, sabios, prelados y pontífices; los muslos de bronce, la época de propagación y difusión grande, pero en que el encendimiento del espíritu se amortigua; las piernas de hierro figuran el cisma, las disputas y desavenencias interiores, la dureza del corazón falto de caridad; y, finalmente, el pie de arcilla simboliza la caída de los que se encenagarán en el lodo de la tierra, debiendo vivir en las cimas del cielo."—No era esta bíblica y grandiosa visión de Francisco más que figura de una verdad que el historiador ve a cada paso patente; a saber, que no pueden las ideas divinas bajar a la tierra sin exponerse a que empañe su nitidez y hermosura la imperfección humana. Y así como en blanco lino se echa de ver todo tizne, y al diáfano cristal hasta el vaho del aliento lo deslustra, así Francisco tenía por defecto gravísimo la más pequeña mácula en la pureza de su Orden.

## NOTAS

(1) *Respondit socius; Frater, pro minimo tibi sit ut ab hominibus judicaris, quia non modo incipis fatuus reputari.* (San Buenaventura, *Vida de San Francisco*.)

(2) "Como el Rey se hallaba sentado enfrente del Sultán, prorrumpió de repente en llanto, y habiéndole preguntado el Sultán por qué lloraba de aquel modo,—*motivo tengo para ello*,—respondió,—*cuando veo al pueblo confiado por Dios a nuestros cuidados, perecer en medio de las aguas y atormentado por el hambre*.—Enternecido de su pesadumbre, el Sultán lloró igualmente." (Cantú, *Historia Universal*.)

(3) *Tanden vero metuens ut aliqui de exercitu sua verborum ejus efficacia ad Dominum conversi, ad christianum exercitum pertransirent, cum omni reverentia et securitate ad nostrorum castra reduci præcepit, dicens ei in fine:—Ora pro me, ut Deus legem illam et fidem, quæ magis sibi placet, mihi revelet.* (Jacobo de Vitry, *Historia Occidental*.)

(4) Calcúlanse, según Mateo Paris, en treinta mil los cautivos cristianos a quienes de una sola vez dió libertad Malek; a su muerte dejó grandes sumas destinadas a los hospitales cristianos y a rescate de esclavos.

(5) *Vidimus primum hujus Ordinis fundatorem et magistrum, virum simplicem et illiteratum, dilectum Deo et hominibus, fratrem Franciscum nominatum, ad tantum ebrietatis excessum et fervorem spiritus raptum fuisse, quod cum ad exercitum christianorum ante Damiatam in terra Ægypti devenisset, ad Soldani Ægypti*

*castra intrepidus, et fidei clypeo munus, accessit.* (Jacobo de Vitry, *Historia Occidental.*)

(6) Con referencia a una leyenda antigua, guardada en el archivo de Santa Cruz de Coimbra, narra el cronista Marcos de Lisboa de distinta manera este incidente. Según el viejo manuscrito, lo que la Reina preguntó a los misioneros fué si moriría antes o después de ella su esposo: y los frailes dieron por respuesta que moriría primero el que primero saliese a recibir sus reliquias. Con esto la Reina, al tener noticia de que ya se acercaban a Coimbra los despojos de los mártires, rogó al Rey que se adelantase, que ella le alcanzaría presto. Estaban las reliquias a una legua de Coimbra, y el Rey y su séquito iban a encontrarlas, cuando cruzando por un bardal cerdoso jabali, incitó a Alfonso II, grande amigo de caza, a entrarse por el monte; y la Reina, que venía detrás por el camino trillado, fué la primera en encontrar los santos cuerpos, y entendió que a despecho de sus ardidés, la cogía el peso de la sentencia.

(7) Doña Sancha murió en olor de santidad y muy venerada del pueblo lusitano.

(8) La Giralda.

(9) Calculando por la fecha en que se verificó el suplicio de los protomártires franciscanos, el Miramamolín que se hizo verdugo suyo debió de ser El Mustansir, hijo del Rey Verde, el vencido de las Navas. Los Emperadores de Marruecos tomaban el título de *Amir-el-Mumenin*, o sea Príncipe de los Creyentes, desde que uno de ellos, Jusef, conquistó el país dominado por los musulmanes en la Península, y todos los príncipes mahometanos le reconocieron por jefe y señor; y los españoles por corrupción hicieron del *Amir-el-Mumenin* la palabra *Miramamolín*. El Mustansir, en modo alguno heredero de las dotes guerreras de su padre el Rey Verde, murió en el año de 1224, a los veintiuno de su edad, de la cornada que le dió una vaca brava, que con gran número de toros trajo de España para la lidia, a que era

aficionadísimo; y habiendo los protomártires ganado la corona en 1220, resulta que El-Mustansir contaba diez y siete años cuando les partió el cráneo con su cimitarra.

(10) Escribieron asimismo las actas de los protomártires, el Obispo de Lisboa, el Provincial de los Menores en Portugal, y el Dr. Juan Tisserando, con arreglo a los datos suministrados bajo juramento por los hombres de armas del Infante.

(11) Aunque muchos historiadores de San Francisco, y entre ellos el recientísimo P. Palomes, fijan la fecha del martirio de los siete frailes en Ceuta un año después del de los de Marruecos, el P. Magliano, que tan esmerada y diligentemente rectifica la cronología de la leyenda franciscana, demuestra cómo este suceso no pudo ocurrir hasta 1227, según consta de la crónica de los veinticuatro Generales, y así lo consignan los Breviarios corregidos.

(12) Se llamaban los misioneros de Ceuta, Angel, Domilo, León, Nicolás, Samuel y Hugolino, e iban al mando de fray Daniel de Calabria. Cargados de cadenas en su prisión, dirigieron al párroco del barrio de Genoveses, en Ceuta, la epístola siguiente: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo que nos sostiene en las tribulaciones, y que preparó al patriarca Abraham la víctima para el sacrificio; a Abraham, que obtuvo la justificación y amistad de Dios, porque dejó su patria y vagó por el mundo henchido de confianza en los mandamientos del Señor. En consecuencia, el que fuere sabio, hágase insensato para saber más, pues la ciencia mundana ante Dios es locura. Nos han dicho—id, y predicad el Evangelio a todas las criaturas, y enseñad que al siervo no toca ser mayor que su amo. Si os persiguieren, considerad que también fuí perseguido. — Y nosotros, siervos pequeñuelos e indignos, hemos dejado la patria, hemos venido a anunciar el Evangelio a las naciones infieles, somos para los unos aroma de vida, para los otros hedor de muerte. Hemos predicado aquí ante el Rey y ante su

pueblo la fe de Cristo, y nos han cargado de cadenas. Sin embargo, estamos sumamente consolados en nuestro Señor, y esperamos que reciba nuestra vida como holocausto agradable."—Al noticiarles la sentencia de decapitación, los seis frailes cayeron a los pies del ministro Daniel exclamando con lágrimas: "Gracias damos a Dios y a tí, padre, que nos has guiado a ganar la corona del martirio." —Daniel respondió:—"Regocijémonos en el Señor, hoy es día de fiesta; los ángeles nos rodean, el cielo está abierto..."

- (13) *Parea que a danza, e non a morte, andasse  
ciascun de vostri, o a splendido convito*

.....  
dice Leopardi pintando la actitud de los soldados de Leonidas en la defensa del memorable desfiladero; y el antiguo cronista franciscano había escrito ya, casi con las mismas palabras: *Ibant illi gaudentes Dominum laudantes, perinde ac si ad opiparum essent invitata convivium.*

(14) En 1227 tomó Fr. Cordero, compañero de San Francisco, el título de Obispo de Fez y Marruecos, por letras apostólicas de Gregorio XI, y desde entonces, no sin grandes vicisitudes, y alguna vez persecuciones y martirios, no han dejado los franciscanos de residir en el Mogreb. Es muy curioso notar cómo los marroquíes, reacios en recibir el Evangelio, veneraban, sin embargo, cada vez más a los frailes, y hasta solían atribuir las calamidades públicas a cualquier molestia que se les causase. Acerca de este asunto y otros no menos interesantes referentes a nuestros vecinos de Africa, véase la obra reciente de Fr. Manuel Castellanos, *Descripción histórica de Marruecos.*

(15) Los franciscanos, que en Africa usan su túnica y capilla tradicionales, se han visto precisados a ocultarlas en España bajo una especie de manteo eclesiástico, y a cubrirse la cabeza con un sombrero de canal, a fin de no llamar la atención, y quizás provocar la agresión de las gentes. (Esto se escribió en 1880.)

(16) En el territorio del Magreb (la Mauritania Tingitana de los antiguos geógrafos) y hacia los últimos estribos del Atlas sobre el Océano, se creyó situado el jardín de las Hespérides.

(17) Lámase del Desierto de Contrada.

(18) .....  
*Appennin scopre il mar Schiavo e il Tosco.*  
.....

(19) *Bonæ gentes: Dominus det vobis pacem.*

(20) *Sic incident bastardi Ordinis.*